

llo. Así que él yacía desvanecido y herido de muerte. No estaba muerto aún, no estaba sin vida del todo. Entonces la mujer de fuerza gloriosa hirió violentamente por segunda vez al perro pagano hasta que rodó al suelo su cabeza. La innoble carroña yacía sin vida; su alma fué á caer al abismo, y allí quedó hundida en el fondo, roída eternamente por los gusanos. Encadenado en las torturas, aprisionado duramente, arde en el infierno. Después de su vida, sumido en las tinieblas, no puede ya esperar escaparse de esa casa de los gusanos, sino que allí se estará siempre y siempre, sin fin, en aquella caverna, vacía de las alegrías de la esperanza.»

¿Ha oído alguien un acento más duro de odio satisfecho? Cuando Clovis oyó el relato de la Pasión, exclamó: «¡Que no estuviese yo allí con mis francos!» Aquí, de igual suerte, se inflamaba el antiguo instinto guerrero al contacto de las guerras hebraicas. No bien vuelve Judit,

«Los hombres, con sus cascos, salen de la ciudad santa al apuntar la aurora. Resuenan sus escudos, y ellos rugen tremendamente. A ese grito se regocijan en el bosque el lobo enflaquecido y el cuervo descarnado, el ave hambrienta de carnicería; los dos acuden del Oeste, porque los hijos de los hombres han pensado en prepararles su pasto de cadáveres. Y hacia ellos vuelan por sus senderos el rápido devorador y el águila de plumas grises; el milano con su corvo pico entona la canción de Hilda. Los nobles guerreros, los hombres de cotas de mallas avanzaron al combate armados de escudos, con las banderas desplegadas... Pronto hicieron volar de sus arcos de cuerno lluvias de flechas, serpientes de Hilda. Había en la llanura una tempestad de lanzas. Se desencadenaban furiosa-

mente los asoladores de la pelea. Enviaban sus dardos á la multitud de sus jefes. Ellos, que habían sufrido antes los reproches de los extraños, los insultos de los paganos, les pagaron, esgrimiendo las espadas, todo lo que habían sufrido.»

Entre esos poetas desconocidos (1), hay uno cuyo nombre se sabe, Cædmon, quizá el antiguo Cædmon, el inventor del primer himno, y, si no, de todos modos, un poeta semejante, que, meditando en la Biblia con el vigor y la exaltación bárbara, demuestra la magnitud y el ímpetu del sentimiento con que los hombres de esa época abrazaban su nueva religión. También él canta cuando habla; cuando nombra el Arca, lo hace con una profusión de nombres poéticos: «la casa flotante, la mayor de las habitaciones flotantes, la fortaleza de madera, el albergue móvil, la caverna, el gran cofre de mar», y otros. Cada vez que piensa en ella, la ve interiormente como una rápida aparición luminosa, y siempre bajo un aspecto nuevo, ya ondulando sobre las olas cenagosas entre dos orlas «de espuma», ya prolongando sobre el agua su sombra enorme, negra, tan alta como «la de un castillo», ya encerrando «en sus costados cavernosos» el infinito enjambre de los animales amontonados. Como los otros, combate de corazón con Dios; se gloria, á fuer de guerrero, de la destrucción y de la victoria; y cuando refiere la muerte de Faraón, balbucea, ebrio de cólera, con la mirada empañada, porque se le sube la sangre á los ojos. «El pueblo se espantó, la ola terrible llegó á ellos. El viento estremecido lanzaba un alarido de muerte... El mar vomitaba sangre; corría

(1) Grein, *Bibliothek des Angelsächsischen Poesie*. Se conoce otro más: Cinewulfo.

una lamentación por las aguas... Empezaba la oscuridad del abismo. Los egipcios se habían vuelto. ¡Huían espantados! El pavor penetraba hasta el fondo de sus corazones. El ejército hubiera querido volverse á su país. Su orgullo estaba abatido. Por segunda vez los envolvió el terrible aflujo de las olas. No había uno que pudiese volver, ni uno de los guerreros que pudiese regresar á su casa. El Destino los había encerrado por detrás en medio de su carrera. Allí donde antes estaba abierto el camino, corría el mar furioso. El ejército quedó sepultado. Las olas se hinchaban. La tempestad subía hasta el cielo. El ejército se lamentaba, gritando ¡oh dolor!, hasta la nube tenebrosa, con voz desfallecida. Con agitación horrenda, se desencadenaba el furor del Océano despertado de su sueño. Surgían los terrores, y se balanceaban los cadáveres.»

¿Es más vehemente y más salvaje el cántico del Exodo? Esos hombres pueden hablar de la creación como la Biblia, puesto que hablan de la destrucción como la Biblia. No tienen más que descender á su fondo íntimo, y allí encontrarán un sentimiento bastante fuerte para distender su alma hasta el nivel del Todopoderoso. Ese sentimiento existía ya en sus leyendas paganas; y Cædmon, para referir el origen de las cosas, no necesita más que reanimar las antiguas visiones, tales y como se habían fijado en las profecías de Edda.

«Nada existía aún, salvo una oscuridad como de caverna; el vasto abismo se abría profundo y oscuro, extraño á su Señor, sin forma y sin destino. Volvió hacia él los ojos el rey severo, y contempló la sima triste. Vió agolparse sin reposo las negras nubes bajo el cielo desierto y sombrío. El eterno Señor, el padre

de todas las criaturas, hizo ante todo la tierra y el firmamento. Puso en lo alto el firmamento; y esta vasta extensión de la tierra, la asentó con su fuerza temible el rey Omnipotente. La tierra no estaba aún vestida de verde césped; el Océano, envuelto en una oscuridad eterna, cubría á lo lejos los caminos desiertos (1).»

Así hablará más tarde Milton, heredero de los videntes hebreos, último de los videntes escandinavos, pero contando, para desenvolver su pensamiento, con todos los recursos de la educación y de la civilización latinas. Y sin embargo, no añadirá nada al sentimiento primitivo. No se adquiere el instinto religioso; se tiene en la sangre y se hereda. Lo mismo pasa con los demás, y en primer término con el orgullo, con la indomable energía consciente de sí propia, que subleva al hombre contra todo dominio, y le fortalece contra todo dolor. El Satán de Milton existe ya en el de Cædmon, como un cuadro en un bosquejo: es que los dos tienen su modelo en la raza; y Cædmon encontró sus originales en los guerreros del Norte, como Milton en los puritanos.

«¿Por qué he de implorar su favor ni inclinarme delante de él sumisamente?» Yo puedo ser un Dios, como él. ¡Arriba conmigo, fuertes compañeros, que no me defraudaréis en esta lucha! ¡Guerreros de intrépido corazón, que me elegisteis por vuestro jefe! ¡Ilustres soldados! Con tales guerreros, bien se puede adoptar un partido; con tales combatientes, bien se puede tomar un puesto. Son mis amigos leales, fieles

(1) Kemble, I, 407, ha demostrado que subsiste la analogía hasta en las imágenes de ese canto y del pasaje correspondiente del Edda.

con toda la efusión de su corazón. Yo, como su jefe, puedo gobernar en este reino; yo no necesito adular á nadie; yo no seré más súbdito!

Es vencido; ¿se doblegará? Es precipitado «en la ciudad de destierro, en la mansión de los gemidos y de los odios implacables, en la noche eterna, horrible, surcada de humo y de llamas rojizas»; ¿va á arrepentirse? Al pronto se asombra, se desespera; pero su desesperación es la de un héroe:

«¿Es este el lugar estrecho (1) en que me encierra mi soberano? ¡Bien distinto, en verdad, de los otros que conocemos allá arriba, en el reino del cielo! ¡Oh! ¡Si yo dispusiese libremente de mis manos, y pudiese salir durante cierto tiempo! ¡Salir sólo por un invierno con mi ejército! Pero me rodean ligaduras de hierro, me tienen abatido nudos de cadenas. ¡Estoy sin reino! ¡Me aprietan tanto las trabas del infierno! ¡Me sujetan tan duramente! Aquí llamas inmensas por encima y por debajo; jamás vi campo más horrible. Este fuego no se amortigua nunca; este calor sube por encima del infierno. Los anillos que me abrazan, las esposas que me agarrotan las carnes me impiden andar, me cierran el camino; tengo atados los pies, presas las manos. He aquí adónde me ha confinado Dios.»

Puesto que nada tiene que hacer contra él, se volverá contra su nueva criatura, contra el hombre á quien lo ha perdido todo le queda la venganza; y si el vencido puede obtenerla, se considerará feliz, «repositará dulcemente, aun bajo el peso de sus cadenas».

(1) Este principio está en Milton. Se supone que pudo tener algún conocimiento de este poema por mediación del erudito Junius.

VII

Aquí se detuvo la cultura extranjera; fuera del cristianismo, no pudo injertar en ese tronco bárbaro ninguna rama fecunda ni viva. Todas las circunstancias que en otros puntos suavizaron la savia salvaje faltaba aquí. Los sajones encontraron la Bretaña abandonada por los romanos; no sufrieron, como sus hermanos del continente, el ascendiente de una civilización superior; no se mezclaron con los habitantes del suelo; los trataron siempre como enemigos ó como esclavos, persiguiendo como lobos á los que se refugiaban en las montañas del Oeste, explotando como bestias de carga á los que habían conquistado con el suelo. Mientras los germanos de la Galia, de Italia y de España se hacían romanos, los sajones, conservando su lengua, su genio y sus costumbres, creaban en Bretaña una Germania fuera de Germania. Ciento cincuenta años después de la conquista, la importación del cristianismo y el principio de asiento adquirido por la sociedad que se pacificaba hicieron germinar una especie de literatura, y se vió aparecer al venerable Beda, y después á Alcuino, á Juan Erígena y algunos otros, comentadores, traductores, preceptores de bárbaros, que trataban, no de inventar, sino de escoger y explicar, dentro de la gran enciclopedia griega y latina, lo que podía convenir á los hombres de su tiempo. Pero las guerras danesas vinieron á aplastar esa humilde